

## RESEÑA DE LIBROS

Tae-Hwan Kwak, Soon Sung Cho y Shannon McCune (Eds.) *U.S.-Korean Relations, 1882-1982*. Seoul, The Institute of Far Eastern Studies, IFES Research Series núm. 17, Kyungnam University, 1982. 433 pp.

Estados Unidos fue el primer país no asiático que estableció relaciones diplomáticas con Corea, en 1882. El desarrollo de estos contactos abarca dos periodos bien demarcados. El primero cubre sólo tres décadas (1882-1910) en cuyo transcurso el llamado "reino hermitaño" se vio impelido a romper su aislacionismo y, después de varias turbulencias, a perder su independencia y finalmente ser anexado al imperio colonial japonés. El segundo se inicia en 1945 y con él se abre una era de estrecho acercamiento que ha sido determinante para el curso de la historia coreana; y cuyos efectos más evidentes pueden observarse en la sociedad asentada en el territorio sur de la dividida península.

De lo anterior se desprende que esta segunda etapa ha sido la de mayor intensidad en las relaciones entre ambos países y, por ende, la más significativa. En consecuencia, se impone la necesidad de señalar las dos tendencias dominantes en su interpretación. La primera le concede a Estados Unidos el mérito excepcional de haber contribuido durante todo este tiempo a preservar la integridad de la península coreana, orientar el curso del desarrollo económico y establecer las bases de un sistema democrático en Corea del Sur; además de mantener la seguridad y la paz en el Este de Asia.

La segunda, en contraposición, considera la intrusión de Estados Unidos como un hecho catastrófico para el pueblo coreano por haber coadyuvado a dividir la península, reprimir las fuerzas democráticas, nacionalistas, comunistas y socialistas, provocar la guerra en aras de la contención al expansionismo soviético y chino, además de perpetuar la división del país, al otorgar apoyo militar y político a los diferentes gobiernos dictatoriales instaurados en Corea del Sur.

El contenido del presente libro está emparentado con la primera de estas tendencias, aunque debe asentarse también que sus autores han realizado un esfuerzo serio y acucioso que les impide asumir una visión totalmente apologética. Sus trabajos son el resultado de un proyecto de investigación cuidadosamente planeado para celebrar el centenario del inicio de las relaciones.

En él participaron historiadores, politólogos, economistas y sociólogos de Corea del Sur y Estados Unidos, así como académicos coreanos residentes en este último país, congregados en la reunión anual de la International Studies Association, celebrada en Cincinnati en la primavera de 1982, y en otras reuniones similares organizadas en ese mismo año. Todos ellos se propusieron integrar una visión disciplinaria desde el ángulo de la historia de las relaciones internacionales, que fuera más allá del tratamiento de cuestiones políticas, económicas y de seguridad e incorporara también otras manifestaciones culturales y sociales, para poder cumplir el propósito de ofrecer a los pueblos de Corea y Estados Unidos la ocasión de advertir el sentido que la historia de estas relaciones tiene para ambos.

La fundamentación de tal empresa estriba en el reconocimiento de que tanto Corea como Estados Unidos son sociedades conformadas hoy en día plenamente como entidades modernas. Pero esta modernidad representa a la vez un obstáculo para la comprensión del estudio de la historia, debido a que la sociedad moderna se asume a sí misma como ahistórica, por orientarse hacia la acción y poseer una extrema confianza en el desarrollo y avance de la ciencia. Dicho de otra manera, las sociedades modernas no advierten que el pasado está presente en todos los ámbitos de la vida social y lo consideran más bien un impedimento para la modernización, porque el pasado resulta un fardo que debe abandonarse si se quiere continuar la marcha hacia el futuro. Tal tendencia impide la reflexión de la historia como actividad colectiva que atañe por igual al especialista como al ciudadano común, e inhibe la realización del análisis que la ciencia debe hacer de la realidad social.

Bajo estas ideas los editores del presente volumen han reunido diecinueve trabajos, los que han sido ordenados en cinco partes. La primera se ocupa de las relaciones políticas y diplomáticas; la segunda se dedica a las relaciones sociales y culturales; la tercera trata cuestiones de seguridad; la cuarta analiza las relaciones económicas y la quinta plantea las perspectivas de tales relaciones para la presente década.

En los cinco capítulos que conforman la primera parte, John Chay se ocupa de los primeros treinta años de relaciones (1882-1910), periodo en que se transita de la "diplomacia de las cañoneras" a una "política de estricta neutralidad y no intervención". En seguida Andrew C. Nahm explica la decisión del gobierno de Theodore Roosevelt de no impedir a Japón la anexión del reino coreano, a cambio de obtener la posibilidad de penetrar en Manchuria. Gerard H. Clarfield analiza la estrategia de contención seguida por el go-

bierno de Truman, que llevó a la participación norteamericana en la guerra de Corea. Soon-sung Cho evalúa la política de Estados Unidos sobre la reunificación de Corea, la cual es calificada como un proceso de búsqueda de la estabilidad con el fin de preservar el interés nacional de los Estados Unidos y la seguridad de Japón. Finalmente, Chong-ki Choi describe, analiza y evalúa estas relaciones durante el periodo 1961-1982 en atención a la importancia estratégica de Corea y la seguridad de Japón y Estados Unidos.

En la segunda parte Sang Ho Lee analiza la proclividad de ciertos sectores sociales coreanos a asimilar otras manifestaciones culturales, elemento primordial que explica el éxito de las empresas educativas fundadas por los misioneros norteamericanos. Shannon McCune describe el carácter del contenido de los primeros libros sobre Corea publicados en Estados Unidos. Por último, Young Il Shin analiza la influencia del trabajo misionero en la génesis de la conciencia sobre la realidad política de Corea, surgida entre los coreanos conversos al cristianismo durante el periodo 1894-1941.

Por lo que se refiere a los cuatro capítulos que integran la tercera parte, éstos tratan el problema de la seguridad bajo diferentes aspectos de una misma tendencia. Tae-Hwan Kwak justifica plenamente la presencia de las tropas norteamericanas en Corea. Yu-Nam Kim advierte contra el expansionismo soviético y considera a Corea del Sur como un dique de contención. Por otro lado, Gregory F. T. Winn identifica el continuo incremento de armas y fuerzas militares entre las dos Coreas como el acto de "montar un tigre" que una vez encarrerado no puede ser detenido y conduce inevitablemente a la guerra. Por último Yong Sonn Yim aborda el intercambio de armas norteamericanas con Corea del Sur y afirma que éste habrá de continuar debido a los intereses estratégicos y necesidades económicas de Estados Unidos, que ante la amenaza del expansionismo soviético favorecen la carrera armamentista entre ambas Coreas.

En la cuarta parte Ki-Hoon Kim analiza y evalúa las relaciones económicas entre ambos países después de 1945. De acuerdo con su análisis, el notable crecimiento económico logrado por Corea del Sur está vinculado al impacto que la cooperación norteamericana ha tenido desde 1962, periodo durante el cual las bases del desarrollo económico transitaron de la ayuda económica al establecimiento de una industria exportadora. Thomas A. D'Elia se ocupa de revisar las relaciones comerciales, las inversiones y la transferencia de tecnología. Para el autor estos vínculos son de beneficio mutuo para ambas partes por tratarse de economías complementarias. Chung Hoon Lee se ocupa de las inversiones directas de los Estados Uni-

dos en Corea del Sur, cuya característica principal es su orientación hacia la industria de alta tecnología. En otro rubro se señala que éstas no ocupan un lugar preponderante en el monto total de las inversiones.

La quinta y última parte se dedica al futuro de las relaciones entre ambos países. Éste se vislumbra como la continuidad del juego estratégico en el que participa además de Japón, Corea del Norte. Para Ardath Burks la presencia militar de Estados Unidos tenderá a aumentar, no sólo en la región sino también en el Sureste Asiático y el Océano Índico. Esto significa que Japón tendrá que aumentar el carácter de su poder estratégico y asumir la responsabilidad de su propia defensa, lo cual entraña el fortalecimiento de una estrecha cooperación entre cada una de las partes que integran este "triángulo". Jae Kyu Park estudia la política de Corea del Norte hacia Estados Unidos. El autor la califica ante todo como un conjunto de actos de propaganda, en cuyo fondo subyace el propósito manifiesto de lograr la unificación por la fuerza de la península coreana. Finalmente, Edward A. Olsen se ocupa también del problema de la seguridad y subraya la importancia de aumentar y fortalecer una mayor cooperación entre los tres aliados de la región.

Para concluir esta reseña se apuntarán unos breves comentarios en torno al sentido que expresan los autores de algunos de los textos que conforman el presente volumen. Según se ha indicado, la idea original del libro se basa en el propósito de realizar una reflexión histórica que permita explicar el pasado de las relaciones coreano-estadounidenses para poder definir su curso futuro. No obstante, este propósito se ve inhibido por una tendencia intelectual de pretendida objetividad, en la que los autores al mismo tiempo que rehúsan expresamente un compromiso político, se adhieren a las interpretaciones estrechas que tanto han dañado el entendimiento de la cuestión coreana.

Para ilustrar esta paradoja se mencionarán algunos aspectos soslayados en los trabajos objeto de esta reseña. Por principio, se elude señalar el papel que el gobierno de Estados Unidos ha tenido en el fracaso del desarrollo de la democracia en Corea del Sur, al apoyar desde 1945 a los sucesivos regímenes dictatoriales ahí establecidos. Asimismo, al definir el modelo de desarrollo económico como un conjunto de relaciones de "interdependencia" y beneficio mutuo, se evita precisar el carácter subordinado de la economía sudcoreana, sujeto a la dependencia financiera de Estados Unidos y Japón y a los flujos del comercio internacional.

Por otro lado, la continuada presencia de bases militares y tro-

pas de Estados Unidos en territorio de Corea del Sur no obedece exclusivamente a una necesidad de defensa y seguridad, justificada por la imagen adversa de una agresividad a ultranza de Corea del Norte. La permanencia de las tropas está vinculada con la regulación de las relaciones económicas y el sostenimiento del orden interno y con acallar las voces de protesta. A este respecto baste mencionar el caso de la brutal represión con que se sometió al pueblo de Kwand-yu, en los albores del actual régimen, en el que participaron tropas del ejército de Estados Unidos.

Finalmente, el papel de los misioneros de Estados Unidos en la formación de una conciencia política entre los conversos coreanos al cristianismo es un proceso con profundas raíces en el pasado, y con plena vigencia hoy día. Las iglesias han desempeñado un papel importante en la gestación de movimientos populares de protesta. Del seno de estas organizaciones religiosas han surgido figuras políticas de la talla de Kim Dae-chung y el poeta Kim Chi-ha, abanderados de la causa por la democracia y la reunificación pacífica de la península coreana.

ALFREDO ROMERO CASTILLA

William H. McNeill y Marilyn Robinson Waldman, *The Islamic World*, Chicago, University of Chicago Press, 1983

Con el fin de presentar este libro tan voluminoso (468 páginas en el texto principal) nos será útil organizar las principales ideas en dos secciones: la presentación y los límites del trabajo.

#### *Presentación*

El libro está organizado sobre las bases siguientes:

- el objetivo al cual está orientado el estudio
- los medios empleados para alcanzar este objetivo
- un punto de vista particular sobre la historia árabe, el mundo islámico y la civilización islámica.

McNeill y Waldman tienen claro su objetivo. Su trabajo pretende promover la comprensión mutua entre el mundo islámico y Occidente, a fin de eliminar odios irracionales y establecer una at-

mósfera apropiada para realizar acciones públicas y privadas efectivas (pp. vii-viii).

Con el objeto de alcanzar este objetivo noble, pero algo oscuro, se usan los siguientes medios:

1) Desde el punto de vista conceptual, la intención de los autores es manejarse con "espíritu de objetividad" (p. vii); otra noble tarea que generalmente está más allá del alcance de cualquier historiador, a menos que sea un recolector de textos.

2) Uso de las traducciones existentes de los textos originales. Los autores no dicen una sola palabra acerca de si tales traducciones fueron verificadas o si se tomaron a pie juntillas (p. ix).

3) Selección de los textos de acuerdo con su disponibilidad en inglés y según las limitaciones de espacio (p. ix). Pero, a juzgar por el trabajo, el principal criterio de selección parece ser una perspectiva preexistente del mundo islámico.

4) Organización de los textos de acuerdo con cinco etapas del mundo islámico; por lo tanto, el libro está estructurado en cinco partes: 1) los años de formación (600-750 d.C.), pp. 3-79; 2) la "Edad de Oro" (750-1000 d.C.), pp. 85-178; 3) fragmentación política y florecimiento cultural (1000-1400 d.C.), pp. 183-274; 4) la era de los Tres Imperios (1400-1800 d.C.), pp. 311-373; 5) la crisis de la modernización (s. XIX y s. XX), pp. 395-463.

5) Cada parte está precedida por un resumen histórico que corresponde a la etapa que trata.

6) Cada texto cuenta con un cuidadoso aparato crítico.

7) Una tercera parte del texto está dedicada a los años de formación, que los autores consideran como la etapa más importante (pp. v, vi).

Esta organización tan clara está orientada a proporcionar el esquema conceptual que tienen los autores de la civilización islámica y de su historia. McNeill y Waldman no guardan secreto alguno acerca de su punto de vista sobre la civilización islámica que, según ellos, es introvertida (p. vi), dogmática (por lo tanto, incompatible con la modernización) (p. vii), y promotora del fanatismo.

En lo que respecta a la historia islámica, los autores tienen un punto de vista más bien tradicional respecto a ésta. El mundo islámico está formado principalmente por el Medio Oriente más India. Estos constituyen el corazón y son los agentes activos del mundo islámico. La historia es esencialmente la historia de las ideas, y los factores socioeconómicos juegan un papel muy pequeño. Esto aparece en toda la introducción histórica (por ejemplo: pp. 3-6, 75-76, 151). El verdadero motor tras la historia islámica es la conformidad

o la no observancia del Modelo establecido por el profeta y sus seguidores inmediatos.

### *Límites del libro*

Ya que todo el mundo tiene el derecho de mantener sus puntos de vista y sus opiniones, los autores tienen al menos el mérito de plantear sus ideas implícita y/o explícitamente, y en una forma clara y casi ingenua. El mismo principio de tener derecho a opinar debería aplicarse al lector.

El libro, a pesar de los esfuerzos de claridad, de organización, del cuidadoso aparato crítico, sufre de limitaciones severas. La siguiente lista es sólo un ejemplo de tales limitaciones:

— técnicamente, se podría cuestionar el valor de una traducción de segunda mano,

— también es posible interrogarse acerca de la eficacia de las entidades públicas y privadas que se plantean como un elemento de lo objetivo ¿a qué entidades se refieren?

— en cada introducción histórica, lo que se presenta es una sombra de historia y una perspectiva simplista de un área y de una cultura. Si la civilización islámica es tan dogmática, ¿cómo puede ser que haya tenido tantas realizaciones en el pasado? ¿Es correcto pretender que se trabaja sobre todo el mundo islámico cuando se deja de lado al Magreb, por ejemplo, siendo que el punto de vista de algunos escritores magrebianos se difundió ampliamente en Inglaterra en la década de los setenta? ¿Qué es esta “modernización” que ocupa un lugar tan elevado dentro del sistema de valores de los autores?

— Taha Hussein no es un reformista del siglo XIX (p. 395), sino un modernista del siglo XX. Los planteamientos de Atatürk (pp. 434-442) no constituyen un rechazo del Islam, sino otra perspectiva acerca de lo que es la esencia del Islam.

La lista podría hacerse aún más larga, pero con los ejemplos dados antes, basta para nuestro propósito.

Si el libro estaba destinado a confirmar los puntos de vista preestablecidos acerca de un área determinada y su cultura, entonces los autores lograron su objetivo. Si de lo que se trata es de utilizar el libro como una selección equipada de un aparato crítico muy útil, a fin de que sirva de introducción a los que se inician en el conocimiento del mundo islámico, y si se quiere ilustrar el punto de vista occidental establecido acerca de ese mundo, entonces éste es un libro útil.

Sería, sin embargo, un error considerar el estudio de McNeill y Waldman como una autoridad acerca del mundo islámico.

AHMED BOUDRUA

Silvia Betancourt Quesada, *Problemas económicos en África Subsahariana*, La Habana, Universidad de La Habana, 1984

La investigación directa sobre los problemas económicos de África, hecha por académicos latinoamericanos, está aún atrasada. Este pequeño, y de alguna manera rápido estudio, hecho por la investigadora cubana Silvia Betancourt, tiene especial valor por varias razones. Primero, es un intento por realizar un análisis directo y de primera mano de los problemas económicos de África. Segundo, trata el tema central de la industrialización. Tercero, muestra cómo un latinoamericano se enfrenta a problemas de otro continente cuyas dificultades son similares, pero no idénticas a las de América Latina. África tiene una realidad propia moldeada por su historia y su contexto específico. Ha de ser tratada como tal, a fin de comprenderla con propiedad.

En lugar de partir de esta prudente perspectiva, Betancourt escoge una aproximación que es, en esencia, simplificadora e incluso reduccionista. Así, África se transforma en un estudio de caso que encaja perfectamente dentro de un esquema teórico.

Desde las primeras páginas de la introducción (p. 1), la industrialización se concibe como una estrategia para construir una base material y estratégica. Más adelante, en un análisis de la relación entre industrialización y desarrollo, la industrialización se presenta como una estrategia para modernizar. Esta estrategia, plantea la autora, es necesaria pero no suficiente. A fin de que ésta pueda conducir al crecimiento de la producción y al desarrollo, debe adoptarse una estrategia paralela y más básica, la cual consiste en separar a los capitalistas de la producción mediante una revolución, y administrar la economía mediante una planificación rigurosa.

Una vez que esta concepción de la industrialización se presenta con toda claridad, el resto del estudio se organiza para demostrar cómo todos los males de África se deben a la no observancia de las dos reglas de oro de la industrialización: modernización y revolución social. Si el desempeño del sector industrial es insuficiente (pp. 9-12) y si todas las políticas de industrialización fallan aparatosamente (pp. 12-57), la respuesta hay que encontrarla en las reglas de oro.



Hay que orientarse hacia las perspectivas de la industrialización, a fin de buscar y esperar medidas correctivas (pp. 62-76).

El material presentado para documentar este caso es más bien abundante. Se usan fuentes diversas, algunas más autorizadas que otras. Todo el análisis es muy consistente con las premisas teóricas, siendo su mérito principal que al mismo tiempo que no ignora el papel de los factores exógenos, subraya el hecho de que las causas de los problemas son principalmente endógenas.

Se podría discutir indefinidamente la base teórica, aceptándola, rechazándola o modificándola, pero tal ejercicio no tendría ningún propósito válido. De hecho, tal ejercicio conduce a una situación peligrosa o a la seudouniversalidad y al cientificismo falso. Es a los africanos mismos a quienes corresponde adoptar un esquema compatible con su realidad, tarea que es mucho más compleja de lo que cualquier observador exterior podría imaginar. Sin embargo, los puntos de vista de estos observadores, cuando son cuidadosos y profundos, podrían ayudar en la tarea. Además, le ayudaría a los latinoamericanos a comprender África.

En lugar de inútiles argumentaciones, un debate más constructivo debería girar en torno a dos puntos:

I. Existe siempre la tendencia a generalizar sobre la propia experiencia. Es necesario resistirse a esta tentación. De otra manera se estaría haciendo un esfuerzo, quizás inconsciente, por “latinizar” — para decirlo de alguna manera — y esa latinización no sería diferente de la occidentalización.

II. La existencia de un planteamiento teórico e ideológico definido no puede remplazar un tratamiento adecuado de los datos. Por ejemplo, el análisis de la industrialización requiere una consideración muy cuidadosa de la integración de los sectores, del empleo, de las finanzas públicas, de la naturaleza del Estado africano, de la distinción entre intenciones y pronósticos, para citar sólo algunos casos. Los datos presentados pueden organizarse de maneras diversas, para apoyar perspectivas diferentes e incluso conflictivas entre sí. A menos que existan indicadores objetivos y adecuados como bases sólidas de construcción, todo el ejercicio se vuelve una retórica donde las respuestas se conocen antes del encuentro de los datos.

El panorama que presenta Betancourt se podría leer al menos de dos maneras diferentes:

— En África hay un gran potencial que va acompañado de un núcleo industrial que, lenta pero gradualmente, va cayendo bajo el control de los africanos. La rapidez del control de África sobre su riqueza variará de acuerdo con los factores endógenos y exógenos.

— África nunca controlará su riqueza, salvo que lleve a cabo una revolución. Éste es el planteamiento de Betancourt, pero no hay nada en los datos que favorezca este segundo punto en relación al primero.

Los temas de debate planteados más arriba son sólo un intento por hacer que el análisis de la realidad africana realizado por académicos latinoamericanos sea más útil, a fin de que las relaciones sur-sur, donde habría que inscribir el trabajo de Betancourt, no se limiten a un discurso ideológico fácil donde toda la habilidad consiste en manejar la lógica deductiva, a cuyo servicio están los datos que se seleccionan sin preguntarse si las premisas son válidas, o si son sólo actos de fe.

No obstante lo anterior, y a pesar de sus límites, el esfuerzo de Betancourt debe celebrarse como uno de los primeros pasos en el largo y difícil camino de comprender los problemas del África negra. Se trata de un primer paso en el sentido de que presenta una geografía económica de África, mientras que el análisis económico está aún por hacerse. En su conjunto es un buen paso, puesto que intenta presentar una descripción comparativa de la situación económica africana durante la década de los setenta.

AHMED BOUDRUA

*Traducción del inglés:*

Mariela Álvarez

Hossein Bashiriyeh, *The State and Revolution in Iran*, Croom Helm, London / Canberra, St. Martin Press, N.Y. 1984. 204 pp.

A diferencia de la mayoría de los estudios y artículos publicados hasta hoy sobre el tema, el autor explica el movimiento que culminó con la proclamación, en 1979, de una República Islámica en Irán, no centrandó la totalidad del proceso en la fe musulmana, sino en términos de clase y reivindicaciones sociales, de las que el Islam se convierte tan sólo en el portador ideológico.

Bashiriyeh se propone explicar las características del Estado y la dinámica de las transformaciones sociales en Irán a través del análisis exhaustivo de cada época, para lo cual la obra se divide de acuerdo con las diferentes fases del conflicto social en Irán a partir de la Revolución Constitucionalista de 1905. A manera de introduc-

ción, en esta sección trata a los '*ulama*' o "clero" como una clase social que busca la relación con otras clases de acuerdo con sus intereses particulares y es también susceptible de divisiones en su interior (el autor advierte que utiliza el concepto de clase en un sentido lato, siguiendo la definición de N. Poulantzas, para quien clase es "el resultado de un conjunto de estructuras y de sus relaciones" tanto a nivel económico como político e ideológico).

A través de este esquema general, apegado a la sucesión de los hechos históricos, es posible analizar los grandes temas dentro de la interrelación del Estado y su dependencia respecto a las grandes potencias con la política interna, donde las clases sociales y sus partidos actúan en contrapunto.

Se describe al Estado como un organismo cuya misión es neutralizar las fuerzas sociales desde la época tradicional, en la que el "déspota" es dueño de todos los medios de producción y capaz de asignarlos a los súbditos, dentro de un esquema denominado "régimen de propiedad estatal comunal", y en el siglo xx cumple sus funciones como el factor que trata de unificar los intereses divergentes de las clases sociales, lo que logrará Reza Shah por medio de la dictadura, y su hijo por medio del "clientelismo", definido como "la política de canalizar todos los intereses de clase a través de los organismos del Estado", práctica por la cual el gobierno distribuye los recursos a través del aparato burocrático, forzando la adhesión de las clases sociales de acuerdo con la política de desarrollo, hecho del que resultan afectadas especialmente las clases sociales nuevas: la burguesía financiera e industrial y los trabajadores.

Por otra parte, la existencia misma de las clases sociales estará ligada desde su propio surgimiento a las crisis del Estado, precipitadas por la relación con el extranjero. Así, la aparición de los intereses europeos durante el siglo xix traerá consigo la decadencia del régimen tradicional: para hacer frente a las potencias, el Estado debe enajenar sus bienes con el fin de obtener (comprándolo a las mismas potencias) el armamento necesario para defenderse. Esta venta de los recursos del Estado propicia, de acuerdo con Bashariyeh, la aparición de clases sociales dotadas de fuentes de poder económico y político independiente, entre las que cuenta el clero. La dependencia no dejará de representar un papel decisivo, y el derrocamiento de la monarquía se deberá en gran medida a los titubeos de la administración Carter dentro de la subordinación de la política y la economía iraníes a los intereses norteamericanos.

A las clases sociales, a su vez, se las considera divididas en tradicionales, surgidas en el siglo xix, entre las que encontramos además

del clero, a la burguesía mercantil del bazar, los terratenientes y los jefes tribales, y en clases nuevas, la pequeña burguesía y las clases medias formadas por burócratas y profesionistas, a los que se suman la alta burguesía industrial y financiera y las clases proletaria y subproletaria a manera de corolario. Dentro del plan de la *intelligentsia* occidentalizada por crear en Irán una sociedad nueva acorde con los ideales de la Revolución Constitucionalista se dará un fuerte impulso a las clases nuevas, si bien, irónicamente, será la dictadura de Reza Shah el único gobierno capaz de promoverlas.

La incapacidad de la sociedad iraní de formar un Estado no autoritario y que funcione de acuerdo con el modelo liberal pasa en el estudio por ser el síntoma de cierta "inmadurez". Dada la dependencia, el gobierno autoritario será producto de "las crisis recurrentes del capitalismo y la incapacidad del liberalismo para resolver los problemas económicos", de tal modo que estas rupturas cíclicas incidirán en transformaciones y crisis del Estado, en las que resurgen los intereses y enfrentamientos de clase, siendo la Revolución Islámica el ejemplo más dramático.

El gobierno de Reza Shah, contemporáneo a la crisis de 1929, y con la cual Bashiriyeh establece relaciones, se convierte en el gran impulsor de las clases medias, de la burguesía financiera e industrial y su contraparte trabajadora y subempleada. En forma paradójica, las primeras vendrán a conformar el núcleo de la *intelligentsia*, anteriormente formado por la nobleza terrateniente y los *ulama*, y fundarán los partidos nacionalistas que sostendrán a Mossadeg. Las segundas tendrán una gran importancia en la desestabilización de la monarquía durante la Revolución Islámica, adhiriéndose a la ideología de las clases tradicionales.

Estas últimas, desde sus inicios se aglutinan alrededor de la ideología religiosa, cuyo "carácter antioccidental" se transforma en el medio de expresar por medio del repudio a los rasgos sociales y culturales de Occidente la protesta de la clase artesanal y comerciante tradicional ante su propio desplazamiento por parte de las clases nuevas dentro del esquema de asimilación de la economía del país al capitalismo mundial en términos de subordinación y dependencia. Bashiriyeh considera que "la ideología del Islam político refleja una sociedad hecha de pequeños productores, en la que cada individuo es dueño de su taller y no necesita de trabajo asalariado". Del rechazo a la dependencia, pasa sin embargo a caracterizarla como nacionalista, sin mencionar que el régimen islámico en Irán ha condenado oficialmente al nacionalismo en más de una ocasión, y concluye: "La ideología de la Revolución Islámica es la continuación del [. . .]

primitivo nacionalismo autóctono, expresado en términos del Islam.”

Se trata, pues, para el autor, de un movimiento de pequeña burguesía de bazar bajo una bandera nacionalista-religiosa. Las funciones y las categorías quedan bien determinadas: clase comercial tradicional en alianza con la clase clerical que impulsan la ideología religiosa en contra del imperialismo. La obra logra condensar varias opiniones y críticas sobre la Revolución Islámica provenientes tanto de la izquierda iraní como de la internacional y que se encontraban hasta hoy dispersas, y constituye un importante esfuerzo de esta izquierda por asimilar el movimiento redefiniendo sus estrategias en, y respecto de Irán.

FERNANDO CISNEROS

James Firebrace y Stuart Holland: *Never Knell Down. Drought, Development and Liberation in Eritrea*. (Prefacio de Neil Kinnoch), Trenton, New Jersey, The Red-Sea Press, 1985. 129 pp.

Nunca arrodillarse, además de lema de lucha y saludo cotidiano entre los combatientes del Frente Eritreo Popular de Liberación (EPLF), es también la mejor imagen del pueblo eritreo en su lucha por la liberación, que ha sido la más larga de África. Desde su inicio, en 1889, se han sucedido las dominaciones italianas (1889-1940), inglesa (1941-1952) y etíope (1952 a la fecha). El libro es el testimonio directo más reciente de los acontecimientos en Eritrea y, sin lugar a dudas, uno de los trabajos más elocuentes. En él los autores que visitaron la zona entre abril y septiembre de 1984 muestran realidades tan tremendas como el uso de los alimentos proporcionados por las agencias internacionales de ayuda para alimentar al ejército etíope, mientras 540 de cada 1 000 niños eritreos mueren de hambre. Firebrace (directivo de *War on Want* para el Sahel y el Cuerno y autor del libro *The Hidden Revolution*) y Holland (laborista en el Parlamento inglés y coautor del libro *Kissinger's Kingdom?*) viajaron a Eritrea para elaborar un reporte sobre el hambre y su relación con la sequía y la guerra, y evaluar la eficiencia de la ayuda que estaba proveyendo la Eritrea Relief Association (ERA); examinar las políticas económicas y sociales del EPLF y su aplicación real; evaluar la fuerza e importancia políticas del EPLF, y evaluar la idea de autodeterminación del pueblo eritreo que sostiene al EPLF. Los objetivos se logran y se consignan en este libro que consta de tres partes principales: el contexto histórico y político; un nuevo mode-

lo de desarrollo, y una entrevista con el vicesecretario general del EPLF. El libro presenta además un apartado de Recomendaciones (a las agencias de ayuda y al Partido Laborista británico) y una selección de documentos básicos para la historia moderna de Eritrea, entre los que destacan la Resolución 590 (V) de la Asamblea General de la ONU, que decidió la federación de Etiopía en 1950, el Programa Nacional Democrático del EPLF (1977), la sección referente a las nacionalidades del Programa de la Revolución Nacional Democrática Etíope (1976), las resoluciones del Tribunal Permanente de los Pueblos (Advisory Opinion on Eritrea) y el Reporte del Comité de Asuntos Políticos del Parlamento Europeo sobre el Cuerno de África (1983); además se anexa la bibliografía quizás más actualizada sobre Eritrea.

La primera parte comienza con un repaso de los principales acontecimientos en el periodo colonial y de los orígenes del nacionalismo eritreo (ahora reforzado "y florecido bajo la brutalidad del gobierno militar etíope", cuya presencia de ninguna manera se justifica por el hecho de que sea un régimen "progresista", porque "el derecho de una nación a la autodeterminación no se modifica con el cambio de potencia ocupante") y evidencia la falsedad de las bases que dieron pie a la decisión de crear la federación de Etiopía (derecho etíope a una salida al mar, viabilidad política y económica eritrea como nación independiente, necesidad de preservar la paz y la seguridad en la región) y con ello a la anexión por el régimen del emperador Haile Selassie en 1962, sostenida por el régimen actual que se niega al referéndum. Uno de los principales aportes de esta primera parte es el análisis que se hace de las causas de la actual incomprensión y aislamiento internacional para el EPLF: "Para Estados Unidos la meta sigue siendo ganar a Etiopía completa: con la provincia costera ocupada"; para los soviéticos, ahora que, "los genuinos intereses del pueblo eritreo coinciden con los del pueblo etíope", la lucha de liberación estaría "objetivamente ayudando a la realización de los designios imperialistas". Ambas potencias manipulan el posible apoyo internacional. Pero en cuanto a los países africanos, éstos no se pueden permitir el triunfo de un movimiento "secesionista" por el potencial que pudiera tener como "efecto demostración" en el interior de sus fronteras artificiales heredadas del periodo colonial y sostenidas por la OUA, aun cuando Eritrea históricamente no ha formado parte de Etiopía y era en sí misma una colonia. En el marco del equilibrio mundial de fuerzas, y como otra paradoja de las muchas que presenta el Cuerno a lo largo de su historia, la situación es tal en la Etiopía actual que "el apoyo militar

y político de la Unión Soviética está protegiendo las ventajosas inversiones y el comercio de Occidente”.

La segunda parte es la historia del proceso de industrialización colonial y del desmantelamiento de la planta productiva por los sucesivos regímenes etíopes, para ser trasladada a Addis Abeba. Hacia 1977, el número de efectivos del EPLF se triplicó y se elevó a más de 300 la cantidad diaria de refugiados que llegaban a Sudán. La gran cantidad de trabajadores capacitados con que cuenta el Frente ha hecho surgir un pujante y peculiar proceso de industrialización en las zonas liberadas. El entusiasmo y la inventiva que caracterizan la acción de sus protagonistas se muestra en la variedad de productos “vodka-cola”, prácticamente reinventados con partes de los desechos de materiales de guerra e industriales recuperados de los ejércitos ocupantes en distintas fases de la guerra.

Dentro de la concepción global de la *economía política de la liberación* que sustenta el EPLF, destaca la acción en la agricultura para contrarrestar la casi total destrucción de los cultivos por bombardeos y sabotajes y por la persistente sequía acentuada desde 1980, lo que obligó a una gran cantidad de eritreos a subsistir con bayas y raíces. En esta parte, los autores ilustran críticamente el problema alimentario, a la vez que denuncian el *escándalo en la asistencia de socorro* que recuerda a su equivalente de 1973-1974, antes del triunfo de la revolución etíope.

En cuanto a la salud, el cuadro se presenta enormemente agravado por la desnutrición imperante, la persistencia de zonas muy extensas infestadas de malaria (las hay en que el 80% de la población la padece), tuberculosis, escorbuto y raquitismo. Los combatientes han estado buscando erradicar las prácticas tradicionales nocivas, en especial las operaciones “quirúrgicas” tan difundidas por la ignorancia, tales como la escisión de la campanilla o galillo, el corte de tendones para “aliviar” el reumatismo, la infibulación (corte y sutura de los labios vaginales) y la clitorisectomía. La lucha por la salud en situación de guerra ha llevado a inventar y poner en práctica muchas medidas revolucionarias que involucran programas educativos, de producción, de autoabastecimiento y de aprovechamiento máximo de los escasos recursos con que se cuenta (ejemplo de ello es la campaña de producción y distribución de toallas sanitarias, que dadas las condiciones de los “papeles” tradicionales de la mujer eritrea, resulta revolucionaria), haciendo de los hospitales complejos que incluyen la formación del contingente de médicos descalzos y la producción de las cosas más necesarias en el hospital (aparatos, prótesis, medicamentos, sueros, etcétera).

El texto concluye con la entrevista de Isseyos Afewari, fundador y actual vicesecretario general del EPLF. Allí quedan establecidas las posiciones y los informes sobre la no alineación, los orígenes del frente, sobre la URSS y el Tercer Mundo, sobre el socialismo autónomo, sobre la guerra, sobre la situación de Etiopía y sobre los otros frentes de liberación. La lucha eritrea se presenta al mismo tiempo como la lucha contra la ocupación ilegal de su territorio, contra la enfermedad y el hambre, contra la herencia colonial europea, contra la ignorancia, contra la incompreensión mundial, contra la muerte.

VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ

Evelin Sakakida Rawski, *Education and Popular Literacy In Ch'ing China*, Muhigan, The University of Michigan Press, 1979. 294, pp.

Los estudios realizados anteriormente sobre la educación en China se centraban primordialmente en las élites; es decir, en todos aquellos que mediante el estudio podían adquirir los conocimientos necesarios para pasar los exámenes y posiblemente entrar a formar parte de la burocracia. Esta élite era la que dominaba la cultura, eran los letrados. Rawski deja a un lado estos grupos para dedicarse al estudio de la educación entre otros estratos de la población China.

Ha sido muy común el pensar que fuera de este grupo de letrados no había una gran difusión de la cultura y del lenguaje escrito, y que sólo ellos tenían el monopolio de esta forma de comunicación. Se ha argumentado que, precisamente por esta falta de difusión del lenguaje escrito y de la capacidad para descifrarlo, China ha visto retrasado su proceso de modernización.

Sin embargo, Evelin S. Rawski demuestra en este libro que no fue así. Estudiando los niveles de educación entre los diferentes estratos de la población, puede observarse que mucha gente tenía la capacidad de leer y escribir los caracteres que necesitaba para desarrollar las actividades de la vida cotidiana. En un idioma como el chino, en el que no existe un alfabeto sino miles de caracteres, una persona puede aprender el mínimo de vocabulario que utiliza en su vida diaria, sin que ello implique que pueda leer un libro completo. Con esto, Rawski redefine el concepto de alfabetismo, con-



siderando que es la capacidad de adquirir un nivel funcional en la habilidad de leer y escribir.

En la China de fines de la dinastía Ch'ing (1644-1911) podía observarse que vastos sectores de la población tenían este mínimo de conocimientos del lenguaje escrito. En esa época, los oficinistas, los comerciantes, los dueños de barcos, etc., podían leer y escribir los caracteres necesarios para poder desarrollar sus actividades. En el campo, el saber leer y escribir un mínimo de caracteres le permitía al campesino desarrollar actividades como las comerciales, junto con sus labores agrícolas.

La autora señala que durante los siglos XVIII y XIX hubo variedad en las oportunidades que se presentaban para estudiar a este nivel elemental. Existían escuelas privadas, escuelas públicas y escuelas de beneficencia. De modo que la educación se impartía a la población masculina sin importar su estatus social. Aquellos que podían pagar, asistían a escuelas privadas, los que no, asistían a escuelas públicas y de beneficencia. A los hijos de los campesinos se les impartían clases durante el invierno, para que pudieran aprender lo mínimo. En un año aprendían a leer 2 000 caracteres y empezaban a escribirlos. Los que estudiaban 2 o 3 años podían leer algunos materiales simples.

Las escuelas de beneficencia no implicaban un gran gasto para el Estado. Desde el punto de vista del costo y el financiamiento, era posible que aun las áreas rurales contaran con escuelas de beneficencia.

En el capítulo 4 la autora discute el tema de la disponibilidad de educación elemental en China durante la última etapa de la dinastía Ch'ing. Hace notar el hecho de que, durante los siglos XVIII y XIX, las escuelas de beneficencia aumentaron en número, pero no al mismo ritmo que la población, y destaca el papel que desempeñaron las escuelas establecidas por clanes en el Sur y Centro de China.

Según la autora, el porcentaje de hombres que tenían conocimientos básicos de lectura y escritura era de 30 a 45%, y de mujeres de 2 al 10%. Esta distribución variaba de acuerdo con la localidad, la ocupación y la riqueza. Hubiera sido interesante que la autora obtuviera el porcentaje de cada uno de los grupos de individuos clasificados, de acuerdo con los conocimientos que habían adquirido y según a sus actividades.

Por otro lado, Rawski hace una descripción de los materiales que se utilizaban para enseñar a leer y escribir. Los *Tza Tzu* eran una colección de caracteres diversos que se usaban en la vida cotidiana. Los *Tza Tzu* se complementaban con otros materiales, ya que éstos por sí solos no eran suficientes para enseñar a leer y escribir.

En suma, puede decirse que Rawski rompe con los marcos tra-

dicionales de análisis de la educación en China y con la idea de que el idioma chino es en sí mismo un obstáculo difícil de vencer, para llevar a cabo una labor de educación elemental entre la población china.

MARISELA CONNELLY

Bartke, Wolfgang y Peter Schier. *China's New Party Leadership. Biographies and Analysis of the Twelfth Central Committee of the Chinese Communist Party*. 1985, M.E. Sharpe, Inc., Armonk, New York. 289, pp.

Los cambios recientes dentro de la élite dirigente china han hecho que los diccionarios biográficos envejezcan y que urjan explicaciones sobre la lucha de las facciones intrapartido. Este libro intenta solucionar ambos problemas, en lo que se refiere a un primer momento del XII Congreso Nacional del Partido Comunista Chino.

La primera parte del libro comprende un análisis de la lucha política que se llevó a cabo dentro del Partido Comunista Chino, y que desembocó en el XII Congreso con la separación del poder de un gran número de líderes que sostenían posiciones contrarias a las reformas del grupo dirigido por Deng Xiaoping. Este análisis es una traducción actualizada que ya había aparecido en alemán en *China aktuell*, en sus ediciones de diciembre de 1982 y febrero de 1983. Después de una demora de cerca de un año y medio, durante el cual se forjaron alianzas y se gestaron expulsiones, el XII Congreso Nacional del Partido se llevó a cabo en Beijing entre el 1º y el 11 de septiembre de 1982. Mil seiscientos delegados representaron a más de 39 millones de miembros del Partido. Para los autores este congreso marcó la derrota decisiva de la facción maoísta: seis seguidores de la línea de desarrollo maoísta no fueron reelectos en el Buró político y ocho de los nueve miembros son definitivamente anti-maoístas. Así, según los autores, de los 28 miembros del Buró político sólo quedaron cuatro maoístas: Ni Zhifu, Li Desheng, Wei Guoqing y Ye Jianying. De ellos, sólo Ni Zhifu mantuvo su cargo después de la V Sesión Plenaria de septiembre de 1985.

Según los autores, a mediados de 1973 los conflictos intrapartido parecían llevarse a cabo entre dos grupos, el de los maoístas y el de los dengistas, a través de los grupos de opinión política, de los

partidarios del modelo soviético y de dos grupos de presión funcionales: el ejército y la burocracia de la planificación central. Los autores distinguen, entrelazados con las diversas facciones, a los grupos de opinión política, dados por los grados de similitudes y diferencias en relación con algunos elementos claves en la política, y con los grupos de experiencia política que, de acuerdo con la concepción de Jürgen Domes, se definen según su suerte durante la Revolución Cultural (perdedores, sobrevivientes, ganadores).

Para los autores, la burocracia de la planificación central comparte su hostilidad frente a las reformas con los catalogados como partidarios del modelo soviético, que aspiran a volver al modelo del Primer Plan Quinquenal, y asumen que la gran mayoría en el ejército también comparte esta opinión. Quizás ello nos explique la reciente decisión de disminuir los efectivos del ejército en 25%. Bartke y Schier definen al grupo de Deng por la importancia que le dan a su política de modernización de la economía, la ciencia y la tecnología, y su acento en la división social del trabajo, en los incentivos materiales y en la política de frente unido. Asimismo, definen a los maoístas por su acento en la revolucionarización permanente de las relaciones de producción y de la superestructura, la minimización de la división social del trabajo, los incentivos ideológicos y la lucha de clases. En uno y otro grupo los autores distinguen un ala radical y otra moderada. Dentro del maoísmo el ala radical, dirigida por Jiang Qing, es caracterizada por su actitud aislacionista y no dispuesta a hacer alianzas; para los autores dicha ala radical permitió su derrota en 1976, en virtud de la alianza de otros grupos no homogéneos. El ala moderada, dirigida por Hua Guofeng, es más abierta a las coaliciones de grupos y a las concesiones políticas. Dentro de los reformadores, los autores distinguen a los radicales que, con la anuencia de Zhao Ziyang, pretenden la desmaoización total, la relativa democratización de la vida política y económica y una fuerte orientación de mercado de la economía con planificación central de la inversión. Dentro de los moderados ubican a Deng Xiaoping, y a éstos los caracterizan como abanderados de los principios del sistema, como son el monopolio del partido y la planificación central, pero de acuerdo con la inversión extranjera y la nueva política económica hacia la agricultura. En esta primera parte del libro también se analizan el informe de Hu Yaobang, los nuevos Estatutos del Partido y la constitución del XII Comité Permanente y de sus cuerpos subordinados. Aunque sea difícil definir los matices de las diversas corrientes del Partido Comunista Chino, debido al carácter homogéneo que casi siempre imprimen a sus discursos y es-

critos en cada momento político, resulta interesante y sugerente la manera cómo Bartke y Schier ven a los grupos políticos en China, al margen de los más obvios como serían los maoístas y dengistas.

La segunda parte del libro proporciona datos biográficos de los 210 miembros principales y los 138 suplentes del Decimosegundo Comité Central. En este sentido resulta un complemento del *Who's Who in the People's Republic of China* (1981) de Bartke, donde aparecen la mayoría de las biografías de los líderes de este Congreso con datos hasta 1979. El *China's New Party*. . . actualiza las biografías hasta 1983 y aporta las de los nuevos personajes no aparecidos en la obra anterior. Sin embargo, los reajustes hechos en los organismos de dirección recientemente ya plantean la necesidad de una nueva actualización en cuanto a biografías, especialmente después de la Conferencia Nacional del Partido Comunista y de la V Sesión Plenaria de su XII Comité Central, en septiembre de 1985. En esta última sesión se aprobó el retiro de 65 miembros de edad avanzada y se incorporaron 64 nuevos miembros; la mayoría de ellos ya habían sido promovidos a puestos de dirección en niveles inferiores. Estos cambios están dentro de la línea, ya explícita desde que comenzaron las reformas, de "rejuvenecer" la dirigencia del Partido.

En la tercera parte del libro, se presentan los organigramas y la lista de los funcionarios del Partido, del Estado y del ejército, tal como estaba configurada hasta el 1º de enero de 1984.

ROMER CORNEJO BUSTAMANTE

Stephen C. Soong y John Minford (eds.), *Trees on the Mountain; An Anthology of New Chinese Writing*, Hong Kong, The Chinese University of Hong Kong, 1984. Pp. vi + 396

Esta antología —que pretende ser algo así como *New Directions* de los Estados Unidos o *El Hijo Pródigo* de México— tiene como punto de partida la idea fundamental de que actualmente existe una nueva onda en el mundo de letras chinas, la cual a su vez refleja el poder coherente de la palabra escrita china (*hanzi*) y la validez perdurable del concepto tradicional chino de la literatura (*wenxue*) como el vehículo de constantes valores humanos (*wen yi zai dao*). Lo primero se refleja en el hecho de que se compilan no sólo obras de la República Popular sino también de Taiwan (ROC), Hong Kong y de la

“diáspora” china. Lo segundo es el hecho de que, casi sin excepción, los autores han provocado la oposición feroz de los varios establecimientos literarios que los rodean.

La gran mayoría de los autores representados son jóvenes de 20 a 30 años. No obstante, el tono de la colección está dado por la visión estética y moral del reconocido pintor Zao Wu-ki (descrito en un noble ensayo por el lamentablemente fallecido Profr. K.Y. Hsu) y por la del igualmente renombrado paisajista Yu Kwang-chung. Los artistas y autores jóvenes, al igual que sus predecesores de la “vieja” vanguardia de los años 50 y 60, se ven obligados a enfrentarse con el reto de ser al mismo tiempo chinos y modernos. Una parte esencial de su crecimiento artístico es la libertad de experimentar y de escoger entre una gran variedad de modelos posibles, tanto chinos como extranjeros. La última meta, no obstante, como señala Zao Wu-ki, es “nada menos que lograr una visión genuinamente espiritual”. Los autores jóvenes representados en esta antología, cada uno/una según su propia idiosincracia, representan diferentes senderos hacia la meta plasmada por Zao. Por ejemplo, el dramaturgo, novelista y crítico Gao Xingjian habla de combinar en el teatro chino actual el espíritu lírico y simbolista de Mei Lanfang —renombrado actor de los años 30 y 40— con nuevas corrientes como las del “teatro del absurdo” y del “teatro de la crueldad” (cosa que el mismo Gao ya ha hecho en varias de sus propias comedias). Hong Huang, en su “Manifiesto Nebuloso”, se apoya en la poética china tradicional para defender la causa del modernismo en la poesía china actual. Yang Lian examina de nuevo diversos aspectos hoy en día descuidados de la tradición china —áreas que él considera como muy fértiles para el artista contemporáneo. Y así los demás.

El argumento de los compiladores de que presentan una nueva onda única de la literatura china actual no es totalmente convincente. Pero esto no importa. Lo que sí es que se trata de una antología de autores nuevos y experimentales chinos que simplemente ruegan ser leídos al lado de los demás escritores nuevos de su generación —los de Europa (tanto oriental como occidental) y de América (del norte y del sur)— que en no pocos casos han influido en ellos. El resultado es una valiosa colección literaria (ensayo, cuento, poesía, crítica, drama) que añade otra faceta más a la larga tradición literaria de la China.

RUSSEL MAETH CH.

Agustín Jacinto Z., *Zen y personalidad*, El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich., 1984

Este libro entra a enriquecer la literatura cada vez mayor sobre el pensamiento y la cultura asiática, elaborada por los estudiosos latinoamericanos. En contra de lo que a primera vista podría sugerir el título de la obra, no se trata de un examen de la filosofía Zen, ni de una reflexión dentro del campo de la psicología, sino de un análisis erudito de la producción filosófica japonesa de comienzos de siglo. El pensador elegido fue Kitaro Nishida (1870-1945), y la obra estudiada es *Ensayo sobre el bien* (1911), que es el mayor logro de juventud del filósofo japonés.

Toda la obra de Nishida presenta una amplitud teórica y una complejidad metodológica que pocos se han atrevido a desbrozar. Jacinto se ha tomado la tarea, como buen conocedor del filósofo japonés y de la filosofía europea, de desentrañar una obra tan abstracta como el *Ensayo sobre el bien*. Jacinto considera que para hallar su correcta unidad y continuidad es preciso optar por una perspectiva antropológica, derivada de las reflexiones europeas contemporáneas al autor, y centrada en el concepto de "Persona". Sin embargo, ello explica sólo en parte la conformación esencial de la obra, pues Nishida también fue un convencido practicante del Zen, lo cual le permitió distanciarse de sus mentores extraasiáticos y hacer más completo su edificio teórico. En este empeño de síntesis radica su importancia, y el título del libro de Jacinto es a la vez símbolo y celebración del pensamiento "oriental" y "occidental" que conjuga el japonés.

La antropología filosófica ha sido una de las ramas más fructíferas del pensamiento llamado occidental en el último siglo, cuando Kierkegaard, Nietzsche o Husserl se propusieron desestructurar las ampulosas estructuras supraindividuales decimonónicas. No es casual que le dieran rápida acogida a filosofías anhelantes de sujeto, como el budismo. Podría pensarse entonces en fuentes y problemas comunes que florecen en distintas áreas culturales, más que en la complementación entre Oriente y Occidente, dualidad poco filosófica en la que Jacinto se apoya demasiado. Su detallado análisis de la confección del libro deja, sin embargo, en claro las influencias que iba recibiendo y expresando Nishida, por lo que la discusión e interpretación de los fundamentos familiares de las distintas filosofías es una labor de futuro, para la cual Jacinto es una persona capacitada.

Aunque en un principio estas obras monográficas especializadas gocen del favor restringido de grupos selectos en la medida en que avanza la difusión de los autores asiáticos, van cobrando su justo valor.

Pío GARCÍA